MEMORIA DEL VACÍO:
UNA NOTA PERSONAL EN TORNO A LA ESCRITURA Y LAS RAÍCES JUDÍAS

POR

ALICIA BORINSKY
Boston University

LA LENGUA INVENTADA

La poesía de Alejandra Pizarnik en su momento de mayor desasimiento presenta la figura de una mujer que se reencuentra con la infancia. Pero es una infancia manufacturada, algo que no se puede ubicar en ninguna instancia biográfica. La figura poética delineada en Pizarnik entra y sale del jardín artificial de Darío y los simbolistas, se orienta a veces en itinerarios que vemos en la obra de Olga Orozco para consumarse en una zona hiperenrarecida donde una voz que se autocuestiona quiere darle elocuencia al abismo. Esa práctica de un silencio ideal, de un posponer de dónde se viene y señalar al silencio como la consecución más alta de lo escrito logró establecer su propia genealogía.

La zona inventada por Cortázar en 62, *Modelo para armar*, combinatoria que propone un continuo entre ciudades europeas y Buenos Aires, entre la vida cotidiana y el deseo, cuenta a Alejandra entre sus habitantes más asiduos. Como Cortázar, lee y se fascina con Erzsébet Bathory, la asesina que estiliza la sangre, y el castillo, a la vez gótico e impensable por la extrema crueldad de lo que allí sucede.

La propuesta de 62, *Modelo para armar* naturaliza los desplazamientos geográficos; en el jardín de Alejandra la promesa itinerante es austera. Despojada de los lugares comunes e intensamente comunicada con las fuentes que la modernidad piensa como la universalidad poética: el abismo, el desleerse de la persona que nos dice el poema opera como si los vasos comunicantes entre el sueño y la realidad jugaran a favor de lo escrito. Por eso la elocuencia de *Arbol de Diana* cuando nos cuenta que “partió de mí un barco llevándome”, un proyecto en el cual lo local desaparece para reflejarnos en la utopía de lo que no está ni aquí ni allá. La desorientación surge de la desfamiliarización, de una orfandad que, al manifestarse, logra sustituir el mero desarraigo por la idiosincrática fundación de espacios referidos a una niñez como una función a la vez imposible y necesaria para la poesía.

Alejandra escribe la expulsión, es visitante de patrias devastadas por una lucidez tan intensa que nos hace vivir algo más acá de la experiencia, algo que interroga la capacidad misma de hablar. La libertad de Alejandra es también licencia para la obscenidad, los juegos de palabras en un viaje por el cuerpo en tonos festivos, hilarantes, una mezcla de ingenuidad y extremo desasimiento de los lugares comunes. Cercana a Severo Sarduy, Alejandra habita, sin embargo, su propia provincia adolescente y vociferante en la prosa. Obscena, radiante

en sus juegos de palabras, Alejandra usa la lengua natal como si fuera simplemente algo desmenuzable para la irreverencia y la payasada. Entre su poesía y su prosa, Alejandra cava un abismo y nos deja pendientes con la pregunta de cuál sería la naturalidad de su idioma, cómo hablar y en qué clave pensar.

El judaísmo de Alejandra parecería estar más acá o más allá de la problemática de las raíces porque se instala sin necesidad de salvoconductos en el espacio común de un juego que desterritorializa y le otorga ciudadanía en la neutralidad de esa zona donde todo fluye en el desentendimiento de lo cotidiano.

La sensibilidad hiperpoética y antisentimental en sus textos de poesía y la explosión del absurdo en su prosa son ejemplares. Allí están las preguntas en torno a la identidad y allí las aporías que la hacen zigzaguear, encontrar patrias alternativas, arraigarse en una niñez presente en los jardines rubendarianos y en una mitología surgida de los textos de Olga Orozco.

En una conversación en Buenos Aires en 1998, Olga Orozco me ofreció una semblanza de Alejandra como alguien que padecía profunda e intensamente la vida diaria. En vez de estímulos, peligros; en vez de la independencia del alejamiento, un miedo que le hacía pedirle a Olga Orozco que le firmara certificados en los cuales aseguraba que no le pasaría ninguna desgracia. En cierto momento, al llegar la fecha de vencimiento de uno de esos certificados, la despertó en el medio de la noche para que le hiciera otro. Los certificados, según Olga Orozco, estaban arrugados, evidentemente usados para curar la ansiedad.

Ivonne Bordelois en el volumen de la *Correspondencia* habla de una Alejandra lúcida, sabia. Bordelois advirtió en Alejandra, una capacidad de ver a través de las cosas ni bien se conocieron, nos dice que su admiración por ella fue inmediata a pesar de que dados los años que mediaban entre ambas podría haberla considerado demasiado joven. La presentación y arreglo de la *Correspondencia* rescatan esa dimensión. Hay allí modelos de interlocución que afirman la capacidad de ventriloquía de Alejandra, su modo de cambiar de estilo de comunicación y ser una en la relación amorosa, casi infantil con Silvina Ocampo, y distinta, reflexiva, con un lenguaje de crítica aguda, con Roberto Juarroz y otros.

Aurora Bernárdez, primera mujer de Julio Cortázar, me habló en París en 1999, de un diario inédito de Alejandra en su poder. Dudaba en ese momento de qué pasaría con la publicación eventual ya que aparentemente la escritura era tan transgresiva como la de algunas de las obras en prosa. Otra vez, la preocupación nos remite a lo mismo, a la pregunta sobre la calidad del personaje que se nos presenta en público, el cuidado de acompañar a quien trabajaba el lenguaje para ponerlo en vidriera y, de ese modo, terminó convirtiéndose en una presencia dramática, portadora de historias, multiforme. Hablando de ella, la profesora de la Universidad de Mar del Plata, Elisa Calabrese, me contó que cuando conversaba con Alejandra aún cuando fuese de mañana, el cuarto se oscurecía. Según Calabrese, Alejandra pertenecía a la noche, a una atemporalidad radical.

Mi contacto episódico con Alejandra me trae el recuerdo de una persona de humor desopilante, de quien, debido a mi ignorancia de su obra cuando la conocí en mi adolescencia, sólo me quedó una suerte de halo, cierto escozor ante su ironía constante. Acaso el juego al que me invitaba era aún invisible para mí.

Cristina Piña en sus trabajos biográficos sobre Alejandra evita caer en el culto al misterio y la excentricidad de quienes la conocieron. Adopta, por el contrario, la posición de quien biografía a partir de los datos personales que interesan e influyen a los ojos de la sociedad en general. Vemos con Piña sus relaciones con la familia, su judaísmo, sus preocupaciones por rebajar de peso. La imaginamos, en síntesis, como una persona motivada por sus orígenes inmediatos padeciendo los estímulos del mundo circundante.

¿Cuáles son los límites de la autoinvención?, ¿Se puede forjar una lengua que esté más allá de lo práctico, una suerte de dialecto interno para consumo de quienes se integran al círculo? El placer de la lectura de Alejandra está motivado, en gran parte, por la certeza de que al entenderla, formamos inmediatamente parte de un grupo exclusivo. Es la capacidad que tiene la poesía de formular sus propias reglas, sus modulaciones y compartir selectivamente algo que parece surgir de un individuo.

La sensibilidad de Alejandra es judía por su pasión nomádica, por la celebración de lo escrito como sagrado y la visión de lo secular como una suerte de condena. El silencio está allí para ser descifrado. Su peso y presencia se apoyan en esa pérdida del mundo religioso que advertimos en Kafka. La mirada absorta ante la crueldad y la pasión por el detalle tiene ecos de Primo Levi y su humor desrealizador se articula con el Elias Canetti de *Testigo de oídas*. Es así como el mismo juego que parece buscar una autodefinición a ratos en la hibridez y otros en la universalidad del abismo del sentido, la inscribe en un judaísmo contemporáneo, desfamiliarizado y escindido de la tranquilidad de las figuras de definición colectiva.

LENGUA MATERNA/ EL IDIOMA DE LOS SOBREVIVIENTES

Los judíos que llegaron a Argentina huyendo de las masacres nazis y de los *pogroms* rusos vinieron con las lenguas de sus lugares de origen. Al idish se unía el ruso y el polaco. Y fue en ruso y en polaco que podían evocar, simultáneamente, las experiencias de su juventud y el dolor de la exterminación y la humillación. Hablar a partir de la traducción, de acentos parodiados, practicar constantemente una poética de la distancia, saber que no estaban más allá y que el acá era algo irreversiblemente extranjero, se convirtió para ellos en una realidad cotidiana.

Argentina fue una especie de esponja que absorbió a todos para transformarlos en algo que no es asimilación sino, fusión cultural incómoda, con fisuras y resentimientos. Lugar adonde confluyen judíos y nazis, espacio de refugio y museo que acogió a quienes no se volvieron mera arqueología. No hubo olvido entre los judíos en Argentina. Tanto entre los que llegaron antes, con la camada que fue la base de "Los gauchos judíos" de Gerchunoff, como entre quienes vinieron después a las ciudades se siguieron debatiendo los temas del secularismo, la religión, el sionismo y se forjó algo así como un idioma, una cultura.

El polaco y el ruso del *shtetl* fueron las lenguas del rechazo y el idish, en su carácter híbrido, tampoco evoca una apartenencia unívoca a los orígenes. Si el polaco, el ruso y por cierto el alemán, no podían traer un sentimiento nostálgico porque fueron reinscriptos por las violencias en contra de los judíos, el idish tampoco fue suficiente como relación de transparencia con respecto al judaísmo debido a su relación oblicua con la religión. Basta

leer a Bashevis Singer, autor ejemplar en idish, para reconocer en sus personajes que se debaten entre la religión y la política y asumen el sexo como un modo de autoreconocimiento transgresivo, una óptica escéptica con respecto a las afirmaciones gregarias.

El idish se apoya en la secularidad de la experiencia, surge de una relación tentativa o de rechazo religioso. En su desarrollo se unen los idiomas de Europa del Este junto con el hebreo. La comunidad que se reencuentra en el idish en Argentina también aprende castellano y no transmite el idish a sus hijos con ningún rigor, más bien persiste en una sensibilidad, en oraciones aquí y allá. Se pierde y se re-encuentra en cadencias y en una cultura flotante que se sabe recortada de las mayorías. En Argentina como en Europa, estos judíos son otros entre sí y para el mundo de afuera.

El interés actual por lograr una interlocución de grupo, incluir autobiográficamente al judaísmo como en obras de Ana María Shua, Alicia Steimberg y Manuela Fingueret es un gesto relativamente nuevo en la literatura judía que surge de Argentina. Es afirmación y reconocimiento de la especificidad de una experiencia y el comienzo de forjar algo que va en sentido contrario a la poética de Pizarnik. A lo nomádico y universalizante se opone lo local con una marca histórica definida. La ambiciosa obra de Marcos Aguinis, con su simultánea exploración de la historia y del presente, universaliza y localiza al mismo tiempo. Entre los poetas, el itinerario de Luisa Futoransky y Juan Gelman es un registro de la multiplicidad de voces que emergen de esta pasión por dar elocuencia a una palabra prestada y apropiada por la escritura.

¿Qué torna judío a un escritor argentino? ¿Cuáles son las huellas y el futuro de la escritura de la tribu?

Al interrogarme en mi propia obra para escribir estas páginas sobre lo judío creo verlo en la incertidumbre con respecto a la estabilidad de la lengua materna y en los personajes femeninos que, con una lógica de la literatura picaresca, circulan en la ciudad inventada de mi narrativa. Las letras de tango formulan una poética del desencanto. La impostura y la injusticia con que la sociedad se burla de méritos y moral me parece acoger cierto aspecto de la visión de los judíos permanentemente exiliados de su origen hipotético, incómodos y a la vez instalados en los lugares en que viven.

Entreveo contactos entrañables en la manera en que Buenos Aires se construye como mito a través de su música y la erotización extrema de los contactos que allí ocurren. Ese tembladeral, la conciencia de la lengua en tanto estilo en vez de transparencia y la certeza de que los problemas se resuelven en esa clave de humor negro, desopilante y violento que sustenta lo que escribo, me parecen formar parte de una curiosa herencia desmentida y reformulada en una tradición de tensiones y enmascaramientos. Pizarnik, Aguinis, Steimberg, Fingueret, Shua, Futoransky, Gelman son escrituras individuales que a veces son perceptibles como un coro con las disonancias familiares.

Haber sobrevivido la masacre de mi generación en Argentina por el exilio y venir de una familia que logró sobrevivir la aniquilación de los judíos en Europa exiliándose en Argentina, dibuja para mí un mapa, señala el lugar natal como refugio y peligro extremo, una de las formas más difíciles de la pasión. La casa, entonces, para mí, se fija en un lugar que acoge a las voces que nombré bajo la tutela incómoda de Macedonio Fernández, Lewis Carroll y Kafka.